

PROYECTO IT15i10036

**DESARROLLO DE UNA PLATAFORMA PARA LA EVALUACIÓN DE LA
COMPRENSIÓN LECTORA Y ORIENTACIONES PARA SU INTERVENCIÓN**

8°EB

NIVEL5

Material Didáctico Unidad de Intervención Pedagógica

Mis ideas también valen

ANEXO 2



LECTUM®

PRUEBA DE COMPRENSIÓN LECTORA

ANEXO 2: TALLER DE LECTURA

Estimado(a) Estudiante: como ya has conocido de manera corpórea algunas características de la argumentación, en esta actividad leerás dos textos argumentativos que abordan una misma temática desde dos puntos de vista opuestos. Luego de la lectura, determina cuál es el tema que los une y las ideas que los separan, para dar paso a la formulación de autoexplicaciones sobre los siguientes tópicos:

- Las ideas en común entre ambos textos son...
- Los planteamientos que los diferencian son...
- La temática me afecta a mí porque...
- El emisor que tiene la razón es... porque...

Concluida la formulación de autoexplicaciones, reúnete junto a tres compañeros o compañeras y evalúen el resultado de cada uno de los análisis, determinando puntos concordantes y discordantes. Intenten negociar acuerdos a partir del diálogo al interior de cada grupo.

TEXTO 1

<http://www.laopinion.es/opinion/2016/09/02/argumentos-favor-uniforme-escolar/702674.html>

A punto de iniciarse el año escolar, ciertos temas de tipo social continúan siendo objeto de debate pese al transcurso de los años. Todavía recuerdo cómo hace algún tiempo la entonces consejera de Educación se colocó en la mira de la oposición gubernamental tras lanzar una propuesta para implantar el uso del uniforme escolar en los colegios públicos, sumándose a una medida idéntica puesta ya en marcha con éxito en otras naciones. La reacción de sus adversarios políticos no pudo ser más furibunda. Tanto que aquella noticia adornó los titulares de todos los informativos de radio y televisión del país.

Tan viscerales parlamentarios echaron el resto a la hora de derrochar sus energías en un asunto así de menor, aunque mejor hubieran hecho en ocuparse de los incontables problemas verdaderamente graves que afectaban (siguen afectando) a aquellos ciudadanos cuyo voto imploraron (siguen implorando) para continuar ocupando sus escaños y calentando sus asientos. Los argumentos esgrimidos por los detractores de la prenda en cuestión no han variado demasiado con el paso de las décadas, por lo menos desde que yo fui usuaria de la misma en mi época estudiantil. Para colmo, resulta de lo más paradójico que una porción muy sustancial de manifestantes ni siquiera tenga hijos en edad escolar. Me atrevo a asegurarles que, en tal caso, su visión al respecto tal vez fuera otra bien distinta.

El caso es que al infeliz atuendo lo tildaron de servir de escaparate a la versión más reaccionaria y conservadora de nuestra sociedad. Es más, según ellos, en él se materializaba la voluntad de emular a las escuelas privadas y concertadas, tanto en sus valores como en sus formas externas (por lo visto, altamente rechazables). Sus inflamados enemigos, en un alarde de videncia, vislumbraban tras semejante iniciativa la vuelta a unos modelos educativos caducos, represores y confesionales. Debe ser que quienes disfrutamos de sus evidentes ventajas somos demasiado prácticos o andamos escasos de tiempo libre o, sencillamente, no acostumbramos a ideologizarlo todo, porque nos resulta agotador pasarnos la vida ondeando banderas y paseando pancartas.

Con independencia del profundo respeto que guardo a todo padre que opta por enviar a sus hijos a clase con ropa de calle, he de decir por propia experiencia que el uso del uniforme reúne una serie de incontestables ventajas. La primera es que, a la larga, favorece el ahorro familiar. Compadezco a quienes tengan que adquirir un fondo de armario que cubra las expectativas de cualquier adolescente, sea o no esclavo de las marcas, de lunes a viernes. La segunda, estrechamente ligada a la anterior, es que evita las interminables discusiones mañaneras acerca de la elección de la ropa, que se traducen en retrasos asegurados y que lanzan al sufrido adulto en brazos de los tranquilizantes.

Aún más defendible me parece el efecto implícito de no discriminar a los alumnos en atención a su capacidad económica, que de esta manera no se pone de manifiesto. Por no hablar del penoso espectáculo que perpetran determinadas criaturas mostrando escotes y tangas de camino a las aulas. Ahora va a resultar que exigir un mínimo de respeto en el vestir se va a considerar un ataque frontal a la libertad de expresión y al derecho a la propia imagen de los estudiantes.

Pienso que el fin último de la educación, sea pública o privada está en transmitir a los menores una serie de valores y de conocimientos que les conviertan en futuros individuos con criterio (lleven uniforme o no lo lleven). En ese sentido, ojalá algunos políticos se abstuvieran de manipular ideológicamente temas como este, de libre elección personal, y se dedicaran a resolver otras problemáticas bastante más prioritarias.

TEXTO 2

<http://colera.cl/?p=1969>

En ninguno de los dos colegios donde estudié me tocó usar uniforme. A lo más teníamos que usar una o dos veces a la semana el buzo para educación física, pero jamás me corté el pelo por norma institucional, ni vi a mis amigas ponerse falda o a mis amigos pantalones. El patio eran colores, expresión y, por sobre todo, libertad. Es por ello que siempre cuestioné la existencia de uniformes en instituciones escolares, al no encontrar ni un solo «argumento pedagógico» que los justificara. Recuerdo incluso la historia de un amigo al que le dijeron en su colegio privado que se cortara una cola que se estaba dejando, con estilo, y al no acatar el mismo director tomó unas tijeras y se la cortó. En tono de broma, pero en serio.

Años después, cuando trabajé en una escuela más estructurada, mantuve mi cruzada por no vestir el traje blanco propio del docente, la cual no tuvo mayores costos ni repercusiones más que la mala cara de la inspectora y su constante «invitación» a que vistiera uno. Jamás entendí bien el argumento de quienes defendían los uniformes. Aquello de que «mantiene un orden del espacio» siempre lo encontré elegantemente fascista, pues no creo que el rol de las instituciones de aprendizaje sea adoctrinar a los y las estudiantes para que vivan en un estilo del orden y la homogeneidad, sino que, muy por el contrario, deben enseñar a vivir en diferencia y a construir su propia identidad como les dé la gana. Pero no fue sino hasta más o menos un mes que leí un argumento que me hizo reflexionar, escrito por algunos amigos y amigas que habían estado en escuelas con uniforme obligatorio: de uno u otro modo, justificaban su uso. Para nutrir esta columna, hice una pregunta abierta en mi Facebook (vivan las redes sociales) donde le pedí a mis contactos que expresaran su postura sobre el uso de uniformes. Si bien la mayoría estuvo de acuerdo con que eran un elemento que limitaba la libertad del individuo, más de alguien escribió que los uniformes servían para ocultar ciertas diferencias socioeconómicas entre estudiantes, es decir, que con las vestimentas escolares se borra aquello de que algunos/as puedan vestirse con diferentes prendas diariamente mientras que otros, los con mayores carencias, repetirían la misma ropa una y otra vez. Otros mencionaron que existe un factor ahorrativo innegable: vestirse del mismo modo es más barato que cambiarse día tras día.

Jamás lo había pensado.

Sigo sin entender por qué la mujer docente tiene un tipo de vestimenta según su especialidad (verde para la educadora parvularia y azul para la educadora de básica), mientras que el hombre usa el mismo traje blanco independientemente de su rol. ¿A nadie le llama la atención la forma en que las escuelas refuerzan su identidad en base al tipo de uniforme más que por su proyecto educativo? ¿Cómo argumentar que se busca abaratar costos a las familias cuando en muchos casos quien define el costo del uniforme es una sola tienda que hegemoniza y cobra lo que se le antoje? ¿Qué justificación pedagógica puede haber entre el largo del pelo o el uso de tatuajes o piercings y el proceso de aprendizaje? Qué decir, por ejemplo, de la compra de libros escolares irrisoriamente caros, y más un sinfín de etcéteras.

Este tipo de situaciones no me hace más que pensar que el uniforme es un elemento de adoctrinamiento por parte de la institución, tanto para el estudiante como para los y las docentes, y que busca hacer invisible un conflicto tan propio de la sociedad como es la desigualdad social. En tanto se mantenga una lógica en exceso jerarquizada y distante por parte de las familias y la institución escolar, difícilmente podremos avanzar hacia entender, internalizar y asumir cómo es el Chile actual, y seguiremos tapando con uniformes y disfraces nuestra propia identidad.

Nombre Cápsula:	Mis ideas también valen		
Dimensión:	Crítica		
Curso:	8° año básico	Sesión:	1